LOS DIAS HEROICOS

19 de JULIO CATALAN

por FEDERICA MONTSENY

CAE LA TELEFONICA Y SE ATACA A LOS CONVENTOS, A LOS CUARTELES, A CAPITANIA Y A ATARAZANAS

Pero todo el día 19 la suerte estuvo indecisa. A pesar de la violencia, del empuje, del empuje de las masas, que lo arrollaban todo y que luchaban con heroísmo indescriptible, tomando los cañones a la tropa, ocupando los lugares estratégicos y localizando rápidamente a los facciosos, los combates eran duros.

La toma de la Telefónica y de Capitanía fueron los primeros triunfos efectivos del pueblo. Sin embargo, la seguridad de que en Barcelona no se proclamaría el estado de guerra se vió tan pronto pudo establecerse el corte que detuvo el avance de las fuerzas que se dirigían, desde los distintos cuarteles de Barcelona, a tomar los edificios oficiales y las radios.

Mas en los barrios extremos y en los aristocráticos, donde estaba la gente de derecha y los conventos, la lucha iba adquiriendo carácter, decididos de guerra social. Se defendían y atacaban desde las iglesias y los conventos, y el pueblo, de modo espontáneo, volvió todo su furor contra ellos. Y mientras los aviones leales volaban sobre el cuartel de San Andrés, sobre Capitanía y sobre el Parlamento Catalán, mientras tronaban los cañones ya cogidos a las tropas sublevadas en la plaza de Cataluña y en el cuartel de la Avenida de Icaria, mientras las fuerzas de Asalto, de Seguridad, algunos guardias civiles que no se habían sublevado ni querían permanecer a la expectativa, como la mayor parte de este cuerpo estuvo durante toda la lucha, y los militantes de la F. A. I. y de la C. N. T., a la cabeza, de unas fuerzas, tomaban la Telefónica —Dirruti fué el primero que entró en ella—, el hotel Colón, Capitanía y Atarazanas, las mujeres, los hombres, los chicos, atacaban como podían a los conventos. Las falangistas, los reaccionarios, la gente de derecha del Somatén, se habían refugiado en ellos y hacían fuego, junto a los monjes, contra las masas. El odio milenario, el furor de las multitudes hacia la Iglesia, centuplicaba, multiplicaba las energías. El fuego iba corriéndose de un edificio al otro, mientras escapaban los frailes y eran acribillados por el ametrallamiento y por las galerías subterráneas.

El cuartel de San Andrés y Atarazanas, del cual, de cuyos asaltos murió el pobre Ascaso, víctima de su bi... ...ne- ron los últimos a rendirse. El humo de los incendios cubría con un velo Barcelona, cuando sus sentían los cañonazos y las explosiones de las bombas que la aviación leal arrojaba sobre los edificios.

LA NOBLEZA Y EL SENTIDO CONSTRUCTIVO DE LAS MASAS

El pueblo, justiciero, ejecutó a mucha gente. Pero no cometió ni un crueldad, ni un acto de sadismo. Los que murieron, murieron con la muerte destinada a los vencidos, hasta con honores y con respeto, al supieron mostrarse bravos.

Entre tanto, las cosas se iban organizando. Mientras la lucha continuaba y se liquidaba la militarada, el pueblo, en armas, dueño absoluto de Barcelona; la C. N. T. y la F. A. I. —lucharon contra los facciosos todos los sectores, pero fué el empuje de nuestros hombres, fué el ejemplo inigualado de bravura de nuestros militantes, lo que redujo la sublevación, arrastró a la fuerza armada y galvanizó a las multitudes, es preciso decirlo esto bien alto—, comenzaron a preparar el amanecer del nuevo día. De un verdadero nuevo día, ya que Barcelona, ya que Cataluña estaban en manos de la revolución triunfante. El Comité de Milicias Antifascistas, constituído el día 20 y en el que se hallaban representados todos los sectores en lucha contra el fascismo, era, de hecho y de derecho, el verdadero Gobierno de Cataluña. La Generalidad desaparecía ante la fuerza y la majestad del nuevo organismo revolucionario surgido de la voluntad popular. Los Sindicatos de la Alimentación y de la Distribución estaban encargados de regular el aprovisionamiento de Barcelona. De ellos salió el Comité de Abastos que luego convirtióse en la Consejería de Abastos, tan disputada más tarde. En las barriadas, los Comités revolucionarios eran los dueños absolutos de la situación, debiendo correr todo a su cargo. ¡Oh, mi Comité revolucionario de la barriada de San Martín, donde yo pasé dos días y dos noches, dando vales de pan y comidas y organizando patrullas!

En las comarcas de Cataluña ocurría lo mismo. La intentona fascista reducía inmediatamente; los Ayuntamientos, en poder de los trabajadores; los Comités Locales de Milicias Antifascistas creados, la revolución era ya un hecho consumado, inatentable, grandioso y formidable. Y si en el resto de la Península las cosas hubieran seguido el mismo curso, si en el resto de España la victoria popular hubiera sido tan definitiva y tan rotunda, ¡qué apisa se habría dado, se hubiera podido le ¡ce el cadáver del fascismo!

19 de Julio en el Norte

Vitoria, Santander, San Sebastián...

Así llegó el día 19 de julio. En Vitoria, donde existía una fuerte guarnición, ésta se adueñó en seguida de la situación. En Santander los compañeros, en unión de otros izquierdistas, se presentaron en el cuartel de los guardias, les sorprendieron inesperadamente y con ellos y los fusiles que tenían, como la guarnición no era mucha, no hubo problema. Bilbao, con un solo refriega, ni siquiera tuvo lucha en las calles.

No ocurrió lo mismo en San Sebastián y su provincia. En la capital, nuestros camaradas y todos los izquierdistas no se durmieron; se echaron a la calle desde el primer momento y en ella estuvieron ojo avizor.

El jefe militar de la plaza, el famoso coronel Carrasco, llamado por el pobre diablo que hacía de gobernador a instancias de los elementos izquierdistas, afirmó en un principio que él no estaba con los sublevados y se le dejó en libertad de la manera más tonta, después de un tira y afloja. Cuando se había constituído una columna, que al mando de un comandante salió para Mondragón a fin de contener a los sublevados que avanzaban de la parte de Vitoria, Carrasco, que venía tramando con rapidez la conjura, se echó a la calle, donde se encontró con el pueblo, que en ella estaba sentado.

Nuestros camaradas habían desempedrado la calle donde tenían el local, que era la de Larramendi, y con los adoquines habían hecho barricadas.

Como a tomar aquello se dirigieron como primera medida los sublevados (proveían dónde estaba el peligro), allí comenzó la lucha, y bien dura por cierto. Allí cayeron las primeras víctimas y, al encontrarse con una fuerte resistencia, después de perder un tiempo que les era precioso, terminaron por abandonar el objetivo.

El tiempo perdido frente a la Federación Local de Sindicatos Unicos permitió la reconcentración izquierdista; retirados los militares sublevados, con la mayor parte de los guardias civiles, gran parte de los de Asalto y algún carabinero (éstos pocos) al hotel María Cristina y al Gran Casino, allá se fué el pueblo de cara, y con las pocas armas que pudo reunir, dando el pecho y aguantando heroicamente su fuego violento desde balcones, puertas y ventanas. Después de unas cuantas horas de resistencia, tuvieron los facciosos que rendirse al impetu popular: los que no habían podido escapar, y allí mismo se les hizo justicia.

Los que habían podido escapar y los que aún no habían llegado con Carrasco a la cabeza, se reconcentraron con otros guardias civiles y de Asalto en los cuarteles de Loyola, donde se hicieron fuertes.

Sevilla

La emisora ganó la primera batalla en Andalucía, a favor de los facciosos. La segunda, la complicidad de muchos gobernantes republicanos en la subversión. El pueblo, al darse cuenta de estas traiciones, se contuvo un tanto, quedando a la defensiva, actitud y momentos que aprovecharon los facciosos para introducir las fuerzas de Marruecos en Sevilla, como si fuera a un paseo militar, y ya desde la capital se organizaron las operaciones contra los pueblos.

El hecho de introducir moros, Regulares y Tercio, en Sevilla, amedrentó bastante, junto a los fusilamientos en masa de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas.

Atacaron Utrera, Morón, Alcalá de Guadaira y Carmona. En estos pueblos encontró el enemigo una gran resistencia. En Morón duró el combate más de ocho horas. Sólo la aviación pudo hacer fracasar la heroica resistencia. Y al es en Carmona, tuvo el enemigo más de mil bajas. Recurrieron a incendiar los campos. Y a reforzar por tres veces las columnas atacantes. Otros pueblos cayeron sin un tiro, porque la Guardia civil se definía a última hora de acuerdo con los falangistas, fusilando a los elementos dirigentes de los trabajadores.

A los ocho días liquidaron la resistencia magnífica de Triana. Y los que tan valientemente lucharon o quedaron junto a las barriadas, tomaron rumbo a la provincia de Huelva o a Constantina, que aún seguía en nuestro poder.

Cádiz

Desde el día 19 no trabajó absolutamente nadie en las faenas del campo ni en ninguna industria. La Guardia civil, jesuíticamente, se puso a disposición de los alcaldes. Las organizaciones hicieron otro tanto. Se constituyeron los Comités de Enlace de partidos y organizaciones. El 18, por la noche, empezó el jaleo en Cádiz. Unánimemente se tiró el pueblo a la calle. Los municipales y los guardias de Asalto se repartieron las armas con los trabajadores. El gobernador, don Mariano Zapico, tuvo sus debilidades. Dejó que la Guardia civil se acuartelara, lo mismo que los soldados. La defensa artillera de la capital estaba confiada a manos enemigas. Sólo había un pueblo en la calle, esperando armas. Telégrafos, Teléfonos y Correos estaban en nuestro poder. En el Gobierno civil estaba el gobernador, Mariano Zapico, dando órdenes que ningún elemento militar cumplía.

El ataque a los cuarteles no hacía falta, según el gobernador. El comandante militar respondía de la lealtad de todos los oficiales del ejército. Se luchó contra las tricolas y los elementos considerados peligrosos.

Así hasta el día 20 por la tarde, que se supo la caída de Algeciras, tras una fuerte lucha contra las tropas enviadas desde Marruecos. Así hasta que en la bahía de Cádiz entraba el «Churruca», cargado de hombres y material de guerra.

La impresión que produjo en Cádiz el desembarco de moros y Regulares no es para descrita.

Las ametralladoras empezaron a funcionar. Los militares alcalses se pusieron al lado de los rebeldes. La Guardia civil y los carabineros salieron a la calle. Entonces sí que comenzó la lucha. Cada casa era un reducto. Las fuerzas invasoras caían en gran cantidad. Conquistaron la emisora. Después, Telégrafos y Teléfonos. Sólo quedaba Correos y el Gobierno civil. Emplazaron una batería frente a éste. Se les agotaron las municiones a los guardias de Asalto y paisanos que lo defendían. El día 21 por la mañana se rindió el Gobierno civil y Correos.

Málaga

Málaga fué la capital que venció por la gasolina. Como en Cádiz, tampoco había armas. El gobernador, Antonio Fernández Vega, tuvo sus decisiones, pero al fin dejó hacer. Los falangistas de Málaga demostraron ser más decididos que los de otras provincias. Lo han demostrado hasta última hora, pues siempre que llegaba la aviación negra se multiplicaban los tiroteos.

La calle Larios ardía, cuando tan difícil se hacía salir a la calle, pues las tropas, al mando de oficiales facciosos, tiroteaban los grupos que intentaban actuar. A pesar de ello, entre los de Asalto y los grupos de la F. A. I. y de otros partidos, consiguieron incendiar no pocos edificios, que sembraron el terror entre los soldados, los cuales abandonaban el armamento que de tanto sirvió para terminar de consolidar la victoria en la capital e impedir el avance de las tropas marroquíes por la carretera de Manilva, cortando en seco en el río Guadiaro las operaciones de los rebeldes.

En Ronda se sofocó también la insurrección. Y en Antequera, pueblos principales de la provincia malagueña.

Las milicias de Ronda, dirigidas por el alférez de Carabineros camarada Trujillos y el alcalde de Montejaque —hoy comisario de división— compañero Pedro López, conquistaron Grazalema y otros pueblos e impidieron el avance de los fascistas por la carretera de Algodonales, Villaluenga y Almargen. Describir la lucha de estas milicias, sería interminable. El comandante Mejides —hoy teniente coronel en los frentes del Centro— también contribuyó en ocasiones a la defensa de los pueblos malagueños, aunque bien es cierto que le faltó energía para evitar algunas deserciones como la de Antequera, vendida miserablemente por la Guardia civil, que debió haberse liquidado a tiempo.

Las Milicias malagueñas actuaron sobre Granada, conquistando Alhama y otros pueblos de menos importancia, rechazando al enemigo en su intento de avance sobre Zafarraya.

Málaga salvó miles de camaradas evadidos de la provincia de Cádiz y Sevilla, y conforme fueron los fascistas avanzando acogió solidariamente a todos los refugiados. Es el mayor honor que les corresponde a los hijos de aquella provincia, víctima actualmente de las salvajadas de mercenarios de Franco Hitler y Mussolini.

Y el haber resistido innumerables bombardeos aéreos y luchado hasta última hora sin la debida preparación militar.

EPISODIOS DE LA LUCHA DEL PUEBLO, EN JULIO DE 1936, EN LAS PRINCIPALES CAPITALES DE ESPAÑA.— Del libro «DE JULIO A JULIO»

El Comité Nacional de la **C.N.T.** en acción

19 de JULIO madrileño

por JUAN ANTONA

La lucha en Madrid y toma de Guadalajara

Residencia del Comité Nacional de la C. N. T. Una habitación estrecha y obscura. Apenas si podíamos movernos. Voces desordenadas, gritos, fusiles, muchos fusiles.

El teléfono no cesa de llamar. No hay posibilidad de entenderse. Sólo el ruido de los cerrojos de los fusiles, manejados por compañeros que quieren aprender de prisa el manejo de los mismos, dejando un canto de guerra.

Llegan noticias alarmantes. Todos los cuarteles de Madrid se han levantado en armas. Toledo, Guadalajara y Alcalá de Henares han hecho lo propio. Estamos cercados. En torno a Madrid los fascistas han logrado forjar un cinturón de bronce. Ya no es sólo el cuartel de la Montaña, que en aquellos momentos fonce de la mañana del día 20) está siendo bombardeado por un aparato leal.

La indignación va subiendo. Ganando a todos, Madrid se abrasa, en aquella hora única, en sus propias llamas. Tiros por todas partes. Se dice que por el cerro de Salamanca los fascistas han logrado hacerse dueños de numerosos lugares estratégicos. Cesa el teléfono. Órdenes a las barriadas. Hay que ahogar la rebelión, cueste lo que cueste.

Sigue el bombardeo. Madrid parece un infierno. La bravura de sus hijos en aquellas horas dramáticas merece ser escrita en letras de oro. Por la Gran Vía descienden unos soldados de Caballería hacia el cuartel de la Montaña. Son hijos del pueblo que vienen de Vicálvaro con algunas piezas de artillería. La gente no les deja avanzar. Se arrojan a ellos, estrechándolos entre sus brazos.

¡Muchos lloran de alegría!...

¡Automóviles, numerosos automóviles cruzan veloces, llevando racimos humanos colgados de los estribos!

Grandes columnas de humo se elevan por sobre los edificios de Madrid hacia el cielo...

De todas las iglesias y conventos ese zumbar de lo lidio. No hay un momento de reposo. El pueblo parece movido por un único resorte. La fiebre nos abrasa a todos. Puede decirse que todo Madrid se ha puesto en pie. A medida que va conociéndose lo grave de la situación, aumenta el ardor revolucionario del pueblo. Este parece tener un solo cerebro y una sola voluntad.

Ningún poder, piensa uno, podrá dominar este ciclón. Los que lo han desatado tendrán que morder el polvo de la derrota.

El teléfono suena una vez más. Cesa el auricular y un compañero me grita que el cuartel de la Montaña ha caído.

Los de la C. N. T., a la cabeza, despreciando la muerte, con algunos guardias de Asalto y Jóvenes Socialistas, entran en tromba, arrasándolo todo.

Era el poder del pueblo que se disponía a hacer justicia. La única justicia creadora y fecunda.

En aquella hora solemne (doce de la mañana del día 20 de julio de 1936), moría a manos del pueblo en armas todo un régimen.

Guadalajara

Avisé a todas las barriadas para que enviaran hombres y material, y acompañado de Mora salí para Guadalajara.

Llegamos a eso de las doce del día. Las baterías emplazadas en unas rastrojos, a la derecha de la carretera, disparaban sin cesar contra Guadalajara.

Tan pronto como llegamos, algunos compañeros—puede decirse que la toma de Guadalajara fué obra de los anarquistas—acudieron a nuestro encuentro.

Llevaban combatiendo desde las nueve de la mañana. A las nueve algunos grupos de compañeros, entre los que se encontraban Mera, Velasco, Emilio Andrés y otros, habían logrado tomar por asalto algunas casas.

No se sabe si seguían dentro o, si por el contrario, habían muerto.

Un camarada aseguraba que a Mera lo habían cogido prisionero fusilándolo acto seguido.

Mora y yo avanzamos con cuidado: una ametralladora emplazada en una de las primeras casas que hacía pasado el puente, no cesaba de vomitar metralla.

Los rebeldes llevaban varias horas disparando sin interrupción.

Alguien hizo correr el bulo de que el puente que había a la entrada, y por el cual teníamos que pasar para entrar en la ciudad, estaba minado. Hubo un momento de vacilación. Mora con su voz de trueno, levantó el ánimo y seguimos adelante.

De pronto hicieron su aparición dos aeroplanos. Los compañeros miraron hacia ellos, desconfiados. No sabían si eran nuestros o de los rebeldes.

Uno descendió rápido, al tiempo que un guardia de Asalto dos-de Asalto se batieron bravamente en Guadalajara) que había a mi lado, gritó:

—Todo el mundo a tierra, que ha soltado una bomba.

No obstante esta precaución, cinco o seis compañeros fueron despanzurrados y otros cuantos resultaron heridos.

Y fué entonces por vez primera que ví lo horrorosa y criminal que es la guerra...

Aquellos desgraciados, amasijo inerte de carne destrozada por la metralla sintetizaban la obra del fascismo destructor.

A partir de aquel momento se intensificó el ataque por nuestra parte. Los compañeros, al grito de ¡Viva la C.N.T! ¡Viva la F.A.I.!, avanzaban impetuosamente.

La ametralladora que barría la entrada, se paró de pronto. Era que unos compañeros lograron penetrar por la trazera del edificio haciendo prisionero al oficial que la manejaba.

Una vez abierta brecha, la resistencia fué decreciendo notablemente. Minutos después entrábamos en Guadalajara.

19 de Julio aragonés

por CHUECA

Hundidos en la impotencia y lacerados por el dolor, contemplábamos a nuestra Zaragoza sumida ya bajo la férula del viscoso y repugnante Cabanellas. Aquello no podía continuar así. La resistencia pasiva que demostrábamos había que convertirla en resistencia activa. Y surgió, cual reguero de pólvora, una octavilla firmada por la C. N. T. y U. G. T., en la que se ordenaba la huelga general revolucionaria.

Esa octavilla echó a temblar a los traidores. La orden de nuestros Comités fué secundada por todos los trabajadores. Cafés, espectáculos, tráfico..., todo quedó completamente paralizado. La ciudad ofrecía un aspecto triste y desolado. Por las calles céntricas donde vive la burguesía comenzaron a escucharse cánticos y mueras provocativos. A partir de aquel instante, las damas estropajosas, afiliadas de San Luis y señoritos bien, protegidos por guardias y falangistas vestidos de soldados, organizaban procesiones y saludaban sin recato alguno a lo fascista, obligando a los ciudadanos a imitarles. Estas provocaciones solicitaban al pueblo, y el ¿qué va a pasar aquí?, pendía en interrogante trágico sobre el ambiente.

La tragedia no tardó en producirse. Grupos de jóvenes libertarios y militantes de la C. N. T. acudieron a la calle Boggiero, San Pablo y las Armas, para dar cumplida respuesta a las provocadores. Aunque era ya anochecido, la concentración fué descubierta, y con ánimo de sofocarla acudieron allí guardias y falangistas. Nuestros compañeros salieron a recibirlos a tiro limpio; en la lucha cayeron algunos guardias y con sus propias armas se entabló un verdadero combate. El enemigo, más numeroso, utilizó bombas y toda clase de armamento. Los nuestros continuaron resistiendo mientras quedó un cartucho en su poder. Únicamente cuando la munición se acabó, los cuadros confederales y los jóvenes libertarios acordaron disolverse. Mientras se luchó cara a cara, las únicas bajas que hubo fueron del enemigo, y si más tarde apareció algún cadáver de los nuestros, podemos asegurar que fué asesinado por la espalda.

Luego de ocurrir estos sucesos, todo el mundo pensaba en lo que pudiera haber ocurrido en el resto de España, y únicamente nos quedaba a los obreros de Zaragoza la esperanza de poder ser libertados por nuestros hermanos de Cataluña, Levante o Madrid, lugares donde el fascismo había sido derrotado, según noticias que escuchábamos por Radio.

* * *

Por otro lado, el gobernador civil se dejaba querer por los banqueros. La fuerza pública y, más propiamente dicho, el comisario de policía, estaba entregado de lleno a Baselga y compañía, conocidos fascistas y directores de la banca zaragozana. Esa circunstancia, ese criminal compadreazgo hizo posible que en la madrugada del 19 de julio, tres horas antes de salir las tropas a declarar el estado de guerra, se lanzaran los policías y guardias a cachear, desarmar y detener a todo el que transitaba por la calle, excepto a los señoritos de Falange, que entraban y salían a Capitanía General, Comandancia Militar, cuartel de Castillejos y a cuantos centros públicos o privados donde se conspiraba contra el régimen constituído.

Cuando los trabajadores, obedeciendo a una indicación de nuestros Comités, nos retiramos a los barriadas obreras, ningún militar había hecho todavía irrupción en las calles. Se sabía únicamente que las armas que el gobernador no quiso entregar a los obreros, habían caído en poder del fascio. Y fué entonces cuando el enemigo observó nuestra impotencia, cuando los militares se decidieron a tomar por asalto la capital. De una manera parecida sucumbieron también Huesca, Teruel y el resto de los pueblos aragoneses, a excepción de algunas comarcas de Huesca y Teruel. Tras este episodio quedó corroborado una vez más que en la historia del militarismo y de la política española reina una mentalidad policíaca y una falta absoluta de gallardía y de nobleza.

19 de Julio VALENCIANO

Las primeras noticias de la sublevación corrieron por Valencia el 18 de julio durante la mañana, en forma de rumores vagos. Estos rumores fueron adquiriendo volumen a medida que avanzaba el día hasta confirmarse en las primeras horas de la noche. Toda la noche del 18 de julio se pasó en Valencia oyendo las noticias contradictorias que se daban a través de las emisoras de Unión Radio, controladas por el Gobierno, y las emisoras fascistas. Todo Levante se puso en pie bajo la iniciativa de la C. N. T., de la U. G. T. y de los partidos del Frente Popular. En la tarde del día 19, domingo, la Federación Local de Sindicatos Unicos de Valencia decretaba la huelga general revolucionaria que dió comienzo a las doce en punto de la noche del día 19. Se nombró un Comité de huelga con la misión de dirigir el movimiento y de ponerse de acuerdo con la central sindical hermana, U. G. T., para la acción conjunta. En las primeras horas de la noche del domingo se produjo un ligero tiroteo con motivo de haber sido asaltado el convento de los Dominicos por un grupo de trabajadores del Sindicato del Ramo de la Construcción. Esta noticia se puso en conocimiento del gobernador por un miembro del Comité de huelga de la C. N. T., para hacerle saber que la clase trabajadora no estaba dispuesta a tolerar ningún acto de represión que hicieran las fuerzas de Orden Público controladas por el Gobierno civil. El gobernador contestó a este aviso enhorabuenándose a la serenidad para que la fuerza pública no tuviera que enfrentarse con ninguna clase de desmanes. Vivía aún bajo la influencia de una política de salón y no se había dado cuenta de la magnitud de los sucesos que se estaban desarrollando en España. El día 19 de julio transcurrió en Valencia sin más novedad destacable que la declaración de la huelga general revolucionaria, que se produjo con el mayor entusiasmo y unanimidad.

* * *

El Comité Revolucionario del Frente Popular, que se había constituído para recabar la dirección de la lucha que no había sido capaz de preparar el gobernador, se hallaba reunido. Al comunicarle nuestra presencia, nos requirieron para tomar parte en sus deliberaciones. Dándonos cuenta los representants de la C. N. T. de que allí se estaba viciando bajo los efectos de una peligrosa vacilación, decidimos cambiar impresiones aparte antes de decidir nuestra intervención en el Comité Ejecutivo del Frente Popular. Tras de nuestro cambio de impresiones se decidió plantearle a dicho Comité como base para nuestra incorporación al mismo y debidamente concretadas, la necesidad de que se adoptaran inmediatamente las siguientes medidas:

«Primera. Disponer que fueran tomados con fuerzas de Asalto y el doble de individuos en cada grupo, de militantes afectos a las organizaciones antifascistas, los centros de Teléfonos, Correos, Telégrafos y la emisora de Unión Radio.

«Segundo. Movilizar al pueblo de Valencia para acordonar los cuarteles de la guarnición, tomando estratégicamente todas las posiciones para un bloqueo a los mismos.

«Tercero. Una vez tomadas estas dos medidas, comunicar a los mandos militares la decisión de las autoridades antifascistas de que se entreguen las armas al pueblo para que éste fuese el salvaguarda de la situación.

«Cuarto. En caso de negarse a entregar las armas al pueblo, proceder inmediatamente al asalto de los cuarteles.

«Quinto. La representación de la C. N. T. aceptaba, bajo estas condiciones, su participación en el seno del Comité Ejecutivo del Frente Popular con carácter de asesoramiento, interin no se realizaran en su totalidad las medidas propuestas por nosotros. Nuestra actuación, empero, desde aquel momento, se produjo con un carácter ejecutivo.

Nuestras proposiciones fueron aceptadas.

19 de JULIO ANDALUZ

por MIGUEL P. CORDON

empezó el jaleo en Cádiz. Unánimemente se tiró el pueblo a la calle. Los municipales y los guardias de Asalto se repartieron las armas con los trabajadores. El gobernador, don Mariano Zapico, tuvo sus debilidades. Dejó que la Guardia civil se acuartelara, lo mismo que los soldados. La defensa artillera de la capital estaba confiada a manos enemigas. Sólo había un pueblo en la calle, esperando armas. Telégrafos, Teléfonos y Correos estaban en nuestro poder. En el Gobierno civil estaba el gobernador, Mariano Zapico, dando órdenes que ningún elemento militar cumplía.

El ataque a los cuarteles no hacía falta, según el gobernador. El comandante militar respondía de la lealtad de todos los oficiales del ejército. Se luchó contra las tricolas y los elementos considerados peligrosos.

Así hasta el día 20 por la tarde, que se supo la caída de Algeciras, tras una fuerte lucha contra las tropas enviadas desde Marruecos. Así hasta que en la bahía de Cádiz entraba el «Churruca», cargado de hombres y material de guerra.

La impresión que produjo en Cádiz el desembarco de moros y Regulares no es para descrita.

Las ametralladoras empezaron a funcionar. Los militares alcalses se pusieron al lado de los rebeldes. La Guardia civil y los carabineros salieron a la calle. Entonces sí que comenzó la lucha. Cada casa era un reducto. Las fuerzas invasoras caían en gran cantidad. Conquistaron la emisora. Después, Telégrafos y Teléfonos. Sólo quedaba Correos y el Gobierno civil. Emplazaron una batería frente a éste. Se les agotaron las municiones a los guardias de Asalto y paisanos que lo defendían. El día 21 por la mañana se rindió el Gobierno civil y Correos.